

**Palabras con motivo del Premio Nacional de Arquitectura 2003.** Un premio como éste, Premio Nacional de Arquitectura 2003, otorgado por generosa unanimidad, no puedo por menos de entenderlo como un gesto cívico de los que aún perduran en los últimos rescoldos de la cultura industrial de nuestros días.

Sin duda este galardón me anima al poder comprobar que entre las dos pasiones prioritarias de la incertidumbre de nuestro tiempo, miedo y esperanza, sólo el encuentro con los fundamentos éticos de la verdad de la belleza hará posible la construcción de la ciudad de nuestros días. Belleza, que quiero entender como inteligencia que supere la hostilidad hacia los valores de la razón, e impida la huida de la realidad y que esta verdad en libertad recupere que los ámbitos de convivencia en la ciudad retornen a ese concepto de lugar al que van destinados.

Las palabras del profesor Fernández-Galiano, invadidas por el afecto inteligente y la aguda prospección, son gestos deudores como en otras ocasiones de mi gratitud, y no menos de mi sentida y próxima amistad. Gratitud que se prolonga en las diagonales imprecisas de la memoria, que con tanto afecto y cariño precisa mi compañero Javier Eugenio Ramos Guallart, secretario general del Ministerio.

Como a ustedes no se les oculta el recorrido de una vida profesional, como esta de la arquitectura, acumula tantas deudas personales, afectivas e institucionales adquiridas con el discurrir del tiempo, que no dudo me liberarán de recuerdos, enunciados y nomenclaturas. Permítame sólo añadir unos nombres que su silencio me arrogaría una vanidad imperdonable, el de Enriqueta Moreno Orúe, mi mujer, y mis hijas, Mirian, Marta y Nuria, conocimiento y soporte de la evolución de mi vida profesional.

Al hilo de estas palabras de agradecimiento me gustaría dejar constancia de algunas interrogantes que suscita en mi actitud profesional el "Paradigma de la Incertidumbre" en la configuración de la arquitectura de la ciudad; confuso en su proceder ideológico en algunos de sus términos, respecto al proyecto del nuevo hábitat que consagra estos espacios bajo la ideología del "Arte de la Imagen", creencia tan arraigada en los postulados de la política mercantil metropolitana de nuestro tiempo.

Les hablo, como ya habrán podido advertir, desde mi historia personal, deudora de múltiples afinidades culturales, consciente que la experiencia subjetiva, debe o debería abandonar toda autocomplacencia personal para diluir su realidad biográfica en los caminos que se bifurcan en los paisajes del otro.

Por cuanto respecta a mi perfil profesional, en esta cadencia que aquí les comento, señalar que siempre he procurado acercarme a esa figura, modesta y tal

vez reductora del “Constructor Ilustrado”, entorno que permite pensar en pequeños fragmentos con la imaginación del arquitecto y construir con la lógica del artesano, convencido que la imagen con la que se narra el espacio de la arquitectura, con- quista, quien sabe hacer de la solución un enigma.

Todo itinerario biográfico está repleto de múltiples recorridos por geografías di- versas y ensoñaciones interiores, más allá de los itinerarios que conforman nuestra realidad vivida. Geografías diversas, que en mi persona han sido diferentes en el ritmo de las obras, y en sus cadencias narrativas, de manera que me ha permi- tido contemplar el espacio de la ciudad como sobrios apuntes en los límites que proporciona el proyecto de la arquitectura, precisamente en esa frontera donde afloran los ecos de la memoria, a veces el rumor de la materia, los espacios de la norma, siempre la luz y el tiempo; ese lugar imaginario donde la materia atrave- sada por la luz formaliza el espacio y lo transforma en testimonios limpios de los orígenes.

Hoy arquitectura y ciudad, no son territorios por donde se pueda discurrir sin arrebato. La moral de la polis resulta ser accidentada escenografía para el político, que ha de hacer habitable la tierra mercantilizada y conferir pragmática, tenien- do que contrarrestar y compartir el efímero ejercicio del poder. Para la ética de la forma, el arquitecto de la ciudad apenas puede debatir las escasas visiones del “Soñador” y sin embargo tiene que soportar, y de qué manera, las imposturas y redundantes arquitecturas del “Intérprete”, contribuyendo ambos a que la política de la ciudad y su arquitectura tiendan a consagrar la banalidad de la imagen para unos espacios de azarosa belleza.

Tendremos que aceptar que la política de la metrópoli hoy, no ejerce la rationa- lidad que su postulado otorga: “Gobernar todo aquello que afecta, beneficia o daña a la polis”, y claudica en su ocupación más noble frente a la “empresa moderna”, exquisitamente diseñada para llevar a cabo los nuevos desarrollos metropolitanos.

Soy consciente, como ustedes, que desde que el progreso es automático, el optimismo frente al futuro se ha convertido, en una gran parte, en actitud melan- cólica, motivada por los procesos hacia lo imprevisible, indefinición que profetiza una pérdida de ilusión por la arquitectura de la ciudad, al tener que comprobar el arquitecto la densa niebla que envuelve aquellas utopías pretéritas, éticas y sociales de las vanguardias del siglo precedente, y cuyo testamento se ha hecho realidad en el “nihilismo radical” que nos acosa y donde se consagran los “modelos artístico- burocráticos” de nuestras arquitecturas de franquicia, arquitecturas marcadas por

un decidido y manifiesto signo conservador, subyugados, eso sí, por la razón pragmática del mercado globalizado.

Del testamento y tránsitos de aquella hazaña europea de las décadas iniciales del siglo xx, podemos hoy contemplar: como la “ciudad herramienta” de la vanguardia y la lógica cultural del capitalismo de mercado la ha transformado en la ciudad espectáculo del parque temático y el “moll” metropolitano, del ideal estético que nacía junto a la máquina, al “aura recuperada” de la mercancía, del sujeto construido por los radicales posmodernos al personaje robotizado del consumo, de la vivienda como máquina para habitar (Le Corbusier), a concebir el espacio como una máquina de fabricar fantasía a través de lo onírico o extravagante.

Tránsito elocuente de la arquitectura contemporánea que construye la ciudad, y que ha dejado de ser “demostrativa” como se formalizaba en la modernidad, para ser sólo “mostrativa”, como se ritualiza en la actualidad, emancipándose como lenguaje en el poder de comunicación que ofrece el signo.

Sin duda esta demanda activa y a veces provocadora de tan “sugerentes correlatos semánticos” es el síntoma de que aún pervive la costosa y arbitraria mitología del arquitecto y sus peculiares modos de entender los vigorosos relatos espaciales de la cultura contemporánea; entretenido, tal vez, en no querer advertir que la energía de la forma, en los atajos de la posmodernidad, se ha transformado en el poder de comunicación del símbolo, llegando a confundir en muchas de sus obras lo esencial del proyecto arquitectónico con el sin sentido de algunas de sus “formas-signos”, y en el peligro que encierra edificar el espacio de la ciudad sólo preocupado por su aleatoria y emblemática comunicación.

Este “determinismo del mercado” obliga a ordenar el proceso del proyecto en nuevas modalidades de trabajo para el arquitecto, que deberá integrar las demandas político-mercantiles, las variables de innovación tecnológica, las propias transgresiones crítico-estéticas de las sociedades automatizadas, junto a una decidida implicación en la historia social y sus expresiones simbólicas, porque debemos ser conscientes de que el “mercado de la forma” que asalta a los edificios de la ciudad hoy, pervierte y destruye la arquitectura.

No es éste ni el motivo ni el recinto para interrogarnos sobre la buena o equivocada crianza de nuestros arquitectos hoy, ni de sus positivas conquistas en el lenguaje de las formas, símbolos en ocasiones de una emblemática tecnodigital, a veces de una naturaleza irresponsable, que pretende fundir la “rebelión de las formas” con la huida hacia los “campos de la fama”, olvidando o tal vez atraídos